

¿CRISTIANISMO Y RELIGION (ESPIRITUALIDAD) MAYA, O ESPIRITUALIDAD CRISTIANA Y ESPIRITUALIDAD MAYA?

¿Religión o espiritualidad?

1. Punto de partida

1.1 Necesidad de conocer, y conocer críticamente, cuál es nuestro punto de partida: nuestro interés por el tema, nuestra posición frente a él.

¿Cuál es nuestra posición frente al tema? Porque caben muchas posiciones, con grandes diferencias en cuanto a sus posibilidades. Por ejemplo: En principio, la posición de un científico social es diferente de la posición de un teólogo. Incluso, el interés y posición del teólogo difiere del interés y posición del pastoralista y, aún más, del interés y posición del agente de pastoral. La posición determina incluso el tema, sus posibilidades y sus limitaciones.

1.2. Hablar de interés y de posiciones implica hablar de los supuestos y preconcepciones que subyacen a interés y posiciones.

1.3 ¿Cuál es nuestro punto de partida? ¿Cuál es nuestro interés y posición en este tema? ¿Qué es lo que realmente queremos plantearnos y cuáles pueden ser las consecuencias de esta decisión?

1.4 ¿Nos interesa conocer la posibilidad de que un maya pueda ser cristiano sin dejar de ser maya? ¿Por qué y para qué? ¿Qué concepción de cristianismo y de cultura (religión, espiritualidad) estamos presuponiendo en nuestro interés? ¿Vamos a abordar ambas como religión como cuerpo de convicciones, prácticas, rituales y comportamientos *funcionales* a nuestra vida de seres humanos necesitados? ¿O vamos a abordar ambas como la experiencia última que son, o pueden ser, *no funcional* a la vida?

Los dos abordajes son legítimos, pero no son lo mismo; no ofrecen las mismas posibilidades ni tienen las mismas consecuencias.

2. En concreto, ¿por qué nos planteamos que un maya pueda ser cristiano sin dejar de ser maya? Varios factores nos inducen a ello.

2.1 El Vaticano II ha dicho que el Evangelio es compatible con todas las culturas.

2.2 Ha reconocido la existencia de “semillas del Verbo” en las culturas y religiones.

2.3 Juan Pablo II ha enseñado que el Espíritu de Dios está igualmente presente.

2.4 Cada día más las culturas aparecen ante nosotros como “totalidad”, en nuestro caso la cultura maya.

2.5 Por otra parte, inmediatamente intuimos ciertas dificultades: la fe cristiana parece exigir concepciones que, no solamente chocan con concepciones de la cultura maya, sino que las descalifican como válidas y con ellas, buena parte de la cultura.

2.6 En otras palabras, a la hora de plantearnos el tema lo hacemos desde los supuestos y preconcepciones de lo que es la fe cristiana, el cristianismo y la cultura maya como espiritualidad. Pero queremos avanzar. El sentimiento de incertidumbre nos incita a preguntar y buscar. Creemos que se puede avanzar. Sospechamos que el problema no está en la realidad sino más en nuestros planteamientos, en la manera de ver o sentir el problema, de plantearlo y de resolverlo.

2.7 ¿Hasta dónde estamos dispuestos a llegar? En principio, todos diríamos, hasta donde la realidad lo permita: la realidad de la cultura maya, los contenidos irrenunciables de la fe cristiana, y de la posible y deseable relación entre ambas. Pero ¿qué puede significar esto o qué significa en la práctica?

3. Cuando hablamos de relación, e incluso de identificación y de identidad, maya cristiano o cristiano maya, estamos comparando cosas. Aclaremos qué estamos comparando.

3.1 Podríamos plantearnos el tema (lo que equivale a una comparación fáctica) históricamente: la relación tal como históricamente se ha dado entre religión maya (cultura) y religión cristiana. De hecho, a lo largo de cinco siglos, y por lo que respecta a los mayas, se ha dado una asimilación de la religión cristiana y una cierta simbiosis de ambas culturas. Son hechos, con la contundencia que sólo los hechos tienen. De ellos se pueden desprender muchas lecciones. Además, éstas se pueden enriquecer con las lecciones desprendidas de hechos parecidos en otros lugares y tiempos que formaron parte de otros modelos de evangelización.

Es una posibilidad, pero no es la que ahora y aquí nos interesa. Nuestro interés, aquí y ahora, no es principalmente histórico-inductivo sino deductivo: a partir de valoraciones culturales (teológicas) y teológicas.

3.2 En el orden de lo que nos interesa, solemos comparar fe-religión cristiana tal como se autointerpreta teológica y dogmáticamente a sí misma, y cultura-religión maya tal como nosotros la percibimos y valoramos, una cultura-religión generalmente idealizada. Digo idealizada, porque, sin más distinciones, se suele llegar a considerarla más cristiana que la religión cristiana, más cerca del Evangelio, más cerca o más parte de la espiritualidad como producto humano.

3.3 Ante todo hay que evitar tanto la descalificación como la idealización. Ambas no son correctas, no suponen la actitud que se requiere. Las dos realidades a que refieren fe-religión cristiana y cultura (religión-espiritualidad) maya tienen que ser sometidas a la misma crítica. No hay exenciones ni privilegios para nadie.

En segundo lugar, lo que de este modo se está comparando son en el fondo dos religiones, con todo lo que esto significa: dos cosmovisiones (las dos cada día más parciales) *funcionales* al ser humano necesitado que somos.

Este ejercicio también se puede hacer. Las dos cosmovisiones existen, y a partir de análisis, sobre todo estructurales y fenomenológicos, podemos llegar a concluir qué aspectos, elementos y funciones de las mismas son compatibles entre sí y hasta sería deseable que se dieran por lo que mutuamente se pueden enriquecer. Y hay que hacerlo. Pero conscientes de que por este camino los resultados a que se llegue son muy limitados.

Pero hay que estar claros. Mientras lo que comparemos sea religión con religión, en el fondo estamos comparando dogmas con dogmas, visiones “racionales” del mundo, del cosmos, de la historia, de nosotros mismos, de la propia religión, de las otras culturas y de las otras religiones, con otras visiones “racionales”. Y esto, obviamente, tiene un gran valor pero una limitación, la limitación del conocimiento racional. Estas visiones “racionales” llegan a tolerarse entre sí, a establecer un ecumenismo entre ellas, incluso a converger en puntos muy importantes.

Son una especie de Naciones Unidas, donde sólo los estados-nación están representados, que no admite ninguna otra realidad ni representación, menos en calidad superior. Las religiones son ellas y solamente ellas. Ellas tienen el monopolio de la verdad y de la experiencia religiosa. Ellas, como los estados-nación, se reparten entre sí las zonas de influencia y establecen sus mutuas relaciones.

En un planteamiento así, las religiones siguen siendo religiones; esto es, visiones funcionales al ser humano necesitado que somos. En principio siguen con su cuerpo de verdades “reveladas” o sacralizadas y con sus ritos también dogmáticamente sacralizados, con sus sacramentos. Y, como cartas, las ponen sobre la mesa del diálogo, a ver en qué discrepamos y en qué coincidimos. Como lo vemos en los diálogos ecuménicos, se discute la comprensión de las verdades no la naturaleza de la verdad en sí, su certeza, su seguridad, su carácter dogmático. En el transcurso del diálogo, como en el transcurso de la vida de las religiones, puede ser que algunas cosas que se tuvieron por dogma dejen de serlo (por ejemplo, ahora para la Iglesia Católica el infierno ya no es un lugar sino una condición o estado), pero siempre quedarán otros. Las religiones como sistemas funcionales no saben ni pueden vivir sin verdades en las que creer.

En un planteamiento así, y después de reinterpretaciones de una parte y de otra, aunque sea con limitaciones, hay posibilidades para que un maya sea cristiano sin dejar de ser maya. En el proceso, de un modo o de otro, fe-religión cristiana y cultura (espiritualidad) maya, ambas se afianzarán como religiones y sólo como religiones.

3.4 Hay otra posibilidad: considerar ambas, y que ambas se consideren, no como religiones sino como espiritualidades, no como sistemas que están en función de nuestras necesidades como humanos, con todo lo que ello significa, sino como caminos para una experiencia no funcional. Y no funcional, porque es la experiencia última, no medio; por lo tanto, nunca función de nada ni para nada, fin en sí misma, realización plena y total.

4. Pero un planteamiento así tiene muchas consecuencias

Tiene muchas consecuencias, hay que tomar conciencia de ellas y hay que ver si estamos dispuestos a asumirlas.

4.1 Decíamos que fe-religión cristiana y cultura (espiritualidad) maya tienen que someterse a la misma crítica. Y según ésta, en sí mismas consideradas, ninguna de las dos es espiritualidad o camino de espiritualidad en el sentido genuino y auténtico. Ambas tienen el potencial para serlo, pero no lo son. Hoy por hoy, repito, son sistemas funcionales al ser humano necesitado que somos. Pero no más. Ambas presentan elementos y condiciones muy ricas que, redefinidas y reorientadas a la experiencia no funcional, serán muy útiles. Pero tal como se nos ofrecen actualmente son insuficientes, no llevan a esa experiencia.

4.2 La fe-religión cristiana es religión y constituida como tal. Se ha hecho un cuerpo de verdades ontológicas. Lo que es un camino se convirtió en un fin; lo que es una experiencia se convirtió en una verdad de fe; lo que fue y es un modelo en hacer esa experiencia, Jesús, se convirtió en objeto de fe; lo que es divino, y como tal humano, se convirtió en sobrenatural haciéndolo imposible a lo humano; Dios, que no es una experiencia especial ni especializada, se convirtió en experiencia especial, “religiosa”; Dios, que no puede ser ni es respuesta a nada, se convirtió en respuesta, en objeto, en concepto, en un “ídolo”. Formulaciones y expresiones como encarnación, resurrección, cielo, reino de Dios, que son expresiones simbólicas y hay que usarlas como tales, que expresan realidades inefables y buscan inducirnos a ellas, se han convertido en verdades de fe a las que hay que adherirse si uno quiere salvarse y que, con cierta conminación, hay que presentar a los otros para que se salven también. Ya lo vemos, la salvación que es expresión simbólica de la realización humana plena y total aquí y ahora, se ha convertido en expresión dogmática, verdad dogmática de una realización “sobrenatural” en otra vida.

No es necesario subrayar hasta qué punto todas estas “verdades” están ligadas a una cosmología ya superada y que, al estar superada, hace que no sean convincentes, que entren en crisis, y crisis grave.

Es fácil sospechar cómo cuando desde este tipo de cristianismo se pretende que un maya sea cristiano, lo que se está pretendiendo es que abrace lo que fue la cosmología occidental medieval, que los occidentales modernos, con razón, ya no admiten. También aquí les estamos ofreciendo fábricas enteras que en Occidente quedaron obsoletas. La oferta, teológicamente renovada pero no transformada, quizás aún tenga éxito en contextos indígenas en la medida en que aún son portadores de una cosmología con algunas características comunes. Pero ¿hasta cuándo durará la aceptación?

Por lo demás, es claro que por este camino la fe-religión cristiana nunca llevará a nadie a la verdadera espiritualidad, a lo último que el ser humano intuye y de algún modo presiente y al que, supuestamente, la fe-religión cristiana promete llevar con toda seguridad.

4.3 Pero la cultura (espiritualidad) maya en sí misma y como tal tampoco es camino a la espiritualidad genuina, a la experiencia de lo último, de la gratuidad. Ninguna cultura lo es. Las culturas son creación de la biología y nacieron primeramente y ante todo en función de la vida. Son sistemas de interpretación en función de nuestras necesidades. Sólo una parte al interior de ellas mismas puede llegar a ser cultura, porque todo lo que es cultural es cultura, no en función de deseos y necesidades, sino cultura radical y totalmente desinteresada y desegocentrada, experiencia espiritual, gratuita y de la gratuidad.

Sólo una parte en el interior de las culturas, como en el interior de cada ser humano, puede llegar a ser espiritualidad en el sentido de la experiencia de la que estamos hablando. Este potencial está en todas ellas, como lo está en todos

los seres humanos. Pero su desarrollo no es automático. Es más, en principio, en la medida en que las culturas como sistemas están en función de nuestras necesidades, aspiraciones y deseos, todas están igualmente distantes de la experiencia espiritual propiamente tal. En esto no hay exenciones ni privilegios. La cultura maya tampoco es una excepción, e idealizarla en tal sentido sería y es un error que se paga caro. El precio, como en el cristianismo, es la esterilidad en el orden de la experiencia espiritual profunda.

4.4 En el cristianismo, al igual que en todas las grandes tradiciones religiosas, se ha dado, aunque en forma marginal, la experiencia espiritual de la que aquí hablamos. Tiene ese potencial, y ese potencial, desde Jesús de Nazaret, comenzando por él, se ha manifestado en hombres y mujeres, a lo largo de los tiempos y en las más diferentes latitudes. Pero no nos engañemos, ha sido y es un fenómeno muy marginal, muy minoritario, en nuestro tiempo y desde hace siglos mucho más marginal todavía. Ello nos prohíbe pensar en términos de cristianismo igual a experiencia espiritual propiamente tal.

4.5 En cuanto a la cultura- espiritualidad maya no tenemos elementos para pensar que ocurra de modo diferente. Por ello no podemos idealizarla. Con toda seguridad que ese potencial existe en ella. Y esto basta para que un día pueda darse en algunos mayas su desarrollo. ¿Se estará dando actualmente? A mí no me han llegado ecos de ello. Por una serie de elementos extramayos sospecho que muy posiblemente se dio más en el pasado, conectado con saberes y prácticas chamánicas. Pero, muy posiblemente, al igual que en otras culturas, tales saberes y prácticas fueron objeto de la represión y de la censura, ello incluso antes de la conquista por los españoles, con una consecuente pérdida de los mismos. Pero la potencialidad existe, y ello basta para el enriquecimiento mutuo a este nivel entre fe-religión cristiana y cultura-espiritualidad maya.

5. En esta posible nueva relación entre dos sistemas en función de la gratuidad, en cuanto a lo genuino de la experiencia, el maya puede ser plena y totalmente cristiano sin dejar de ser maya, como el cristiano occidental puede ser maya. Es la integración más plena que se conoce en la historia humana. Nadie tan universal como los hombres y mujeres verdaderamente espirituales. Sólo en ellos las contradicciones desaparecen, ante la experiencia de lo uno. Así, sólo ellos saben que hay tantos caminos posibles como seres humanos, de ahí el respeto por cada camino y la valoración que les merece, pero cuando lo han hecho también saben que, en realidad, no había camino. Entonces, no había diferencia.

6. La diferencia, por lo demás legítima, y las ventajas comparativas relativas se dan a nivel de las culturas. Decimos legítima porque aun la espiritualidad más profunda, cuando se expresa e incluso cuando ocurre, lo hace dentro de una cultura como matriz cultural, no se da fuera de ella. Y en este sentido, y sólo en él, es que podemos hablar de “ventajas”, en la medida en que son visiones, valores y comportamientos que pueden ayudar a desarrollar un tipo de actitud necesaria para la espiritualidad propiamente tal, pero no que esta actitud ya sea la espiritualidad ni lleve determinadamente a ella. Como lo enseñan todos los maestros, ello será cuestión a la vez de un arduo trabajo y de gracia.

6.1 En este sentido la cultura maya tendría ventajas comparativas como su sentido y experiencia de una realidad total, que igualmente comprende como real lo que se ve y lo que no se ve, las diferentes dimensiones de la realidad; la experiencia de que estas dimensiones están en comunicación. En fin, tienen una percepción menos pesada, más grácil, más simbólica de la realidad.

6.2 Tiene también un sentido profundo de la espiritualidad como condición humana, muy articulado con lo cotidiano de la vida, con lo material, con la vida misma. La experiencia de lo sagrado no pareciera ser algo aparte, de otra naturaleza, diferente; pareciera estar presente en todo y que tiene que ver con todo.

6.3 Un hábito de práctica y aprendizaje espiritual, que requiere trabajo, sacrificio, ascesis, rituales.

6.4 Un cultura más simbólica. Intuición y experiencia de que hay dimensiones que sólo mediante símbolos se pueden expresar.

6.5 Por otra parte, son culturas que continuamente remiten a la realidad, a lo empírico. Lo trascendente da señales, se manifiesta.

7. Por su parte, la cultura occidental actual también tiene sus ventajas. Como dice Panikkar, la secularidad percibida como sagrada. La percepción de que esta vida es, como él dice, “tempiterna”.

8. Con Panikkar habrá que tomar conciencia de que, cuando la experiencia espiritual propiamente tal se expresa culturalmente y da lugar a tradiciones, éstas sin sus expresiones culturales más propias serán incomparables entre sí, y de esta manera habrá que entenderlas: como experiencias con un sello cultural diferente y como tales irreductibles. De este modo habrá que cuidarse de, en este nivel, declararlas iguales y reducirlas a un común denominador, que sería abstracto, artificial, inexistente, y supondría la muerte de las experiencias y de las tradiciones (Panikkar 1998a: 48). Lo cual no quiere decir que no haya posibilidades de comunicación y de enriquecimiento. Lo ideal es que el maya, si es cristiano, siga siendo culturalmente maya, no dimita de lo que en él hay de culturalmente incomparable con otras culturas. Habrá referentes, significados, que son “homeomórficos” como dice Panikkar, pero no iguales ni intercambiables como tal.

9. Por último, en tiempos como los que vivimos, habrá que tomar nota de lo que el mismo autor sabiamente dice: «En tiempos de crisis, producida por el encuentro de las religiones y culturas, las palabras que expresan las experiencias fundamentales del hombre no pueden identificarse con una única interpretación dentro de una sola cultura, sino que tienen que ampliarse hasta abarcar los equivalentes funcionales homeomórficos de otras tradiciones. » (1993a: 48).